

habia gobernado hizo su muerte muy sensible en toda España.

Tanto habian crecido las ambiciones desde que la corona gótica habia vuelto á hacerse electiva despues de la estincion de la familia de Teodoredó, que trascurrió un interregno de cinco años (que algunos pretenden rebajar á solos cinco meses), antes que los nobles pudieran ponerse de acuerdo para la eleccion de soberano. De inferir es la confusion y el desórden á que se veía entregado el pueblo en este largo período. Al fin los grandes de la Galia gótica elevaron á Liuva (*Leww, leon*), que regia la Narbonense, hombre recto y de modestas miras, que desnudo de ambicion y conecedor de las dificultades de reinar, no queriendo por otra parte abandonar el suelo que le viera nacer para trasladarse al centro del imperio, persuadió á los nobles á que le diesen por compañero á su hermano Leovigildo (*Lew-gild*), jóven ilustrado, enérgico y vigoroso. Hiciéronlo asi los magnates, y contento Liuva con la pequeña porcion de la Galia gótica para sí, cedió la España entera á Leovigildo. Aquel modesto, prudente y desinteresado príncipe murió á poco tiempo en la Galia (572), de donde nunca quiso salir, y quedó todo el imperio gótico encomendado á la firme y robusta mano de Leovigildo, uno de los mas ilustres príncipes que se sentaron en el trono de los godos.

CAPITULO III.

LEOVIGILDO Y RECAREDO.

De 572 á 601.

Enfrena Leovigildo á los griegos imperiales, y les toma varias plazas.—Somete á Córdoba.—Sujeta á los cántabros sublevados.—Reaparece el reino suevó de Galicia.—El rey Miro que favorecia á los cántabros se ve obligado á pedirle la paz.—Da Leovigildo participacion en el gobierno á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo.—Matrimonio de Hermenegildo.—Disidencias religiosas en palacio.—Hermenegildo se hace católico.—Hace armas contra su padre.—Guerra entre el padre y el hijo.—Trágico fin y martirio de Hermenegildo.—Persecucion contra los católicos.—Refunde Leovigildo el reino suevo en el visigodo.—Campanías en la Galia gótica.—Leovigildo como legislador.—Su muerte.—Recaredo.—Se convierte á la fé católica.—Conjuraciones de arrianos.—Son deshechas y castigadas.—Abjura solemnemente el arrianismo ante un concilio de Toledo.—Conversion de obispos arrianos.—La religion católica se declara religion del Estado.—Triunfos de los godos en la Septimania.—Recaredo como legislador.—Principio de la fusion política y civil entre godos y españoles.—Muerte de Recaredo.—Sus virtudes.

Llegamos á uno de los períodos mas interesantes de la dominacion goda. No hay un solo individuo en la familia real que se ha sentado en el trono godohispano que no haga un papel importante en la historia, ni un solo personage en este grupo que no excite

grande interés. Va á representarse un drama histórico, cuyas consecuencias han llegado hasta nosotros, y alcanzarán á las generaciones que nos sucedan.

Uno de los primeros cuidados de Leovigildo fué tratar de desalojar de España aquellos griegos imperiales, que los españoles de entonces y muchos historiadores despues llamaron romanos, tan imprudentemente traídos á la costa por Atanagildo, y donde ellos habian procurado consolidarse mas de lo que sin duda habia entrado en las intenciones de aquel rey, y mas de lo que á la unidad de España convenia. Eran tanto mas peligrosos para Leovigildo estos huéspedes, cuanto que siendo ellos católicos y siéndolo tambien los hispano-romanos, mirábanse unos y otros con la aficion de correligionarios, y estaban siendo un foco al que acudian fácilmente los descontentos de la dominacion goda ó del arrianismo que representaba. Empeñó por lo tanto Leovigildo con ardor la guerra contra los imperiales, y aunque no pudo llevar á cabo la expulsion, porque para esto hubiera necesitado de una marina de que carecia, les fué no obstante tomando las plazas de Baza, de Málaga y de Assidonia (Medina Sidonia), no sin notable resistencia en esta última, y reduciéndolos á límites mas estrechos. Córdoba, que desde su rebelion y triunfo sobre Agila rehusaba someterse al poder de los godos, y que acordándose de su grandeza romana se gobernaba municipalmente como en tiempo del imperio, fué

tambien rendida á fuerza de armas por Leovigildo, que en esta ocasion comenzó á desplegar la dureza de su carácter, haciendo sentir su enojo con actos de excesiva crueldad no solo á la ciudad rebelde sino á toda la comarca. La sangre corrió por la ciudad y por los campos, y llenas de terror se sujetaron todas las poblaciones de la Bética á las armas victoriosas del godo.

Diéronle los grandes del reino mil parabienes por estos triunfos, y apresurándose á mostrársele adictos, ó por lo menos sumisos y respetuosos. Con esto y con el ejemplo de los males y desórdenes á que habia dado ocasion la larga vacante del trono, fué fácil á Leovigildo persuadir á los nobles la conveniencia de dar participacion en la soberanía y autoridad real á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. La proposicion fué acogida con beneplácito por unos, y sin oposicion por otros, y los dos hermanos fueron declarados príncipes de los godos y herederos de la corona. Con esto lograba Leovigildo poner freno á las ambiciones y al espíritu de insurreccion, y hacer hereditario al trono en su familia.

Tuvo despues de esto que volver sus armas contra los indóciles cántabros, que llevando de tan mala voluntad el dominio de los godos como habian llevado el de los romanos, andaban desasosegados y revueltos. Apoyábanlos los suevos de Galicia, que desde el reinado de Remismundo, mas de un siglo hacia, per-

manecieron ignorados como si no hubieran tenido existencia histórica; ó bien por falta de escritores que despues de Idacio transmitieran sus hechos, ó porque se hubieran ido confundiendo con los naturales; y solo vuelven á aparecer algunos años antes del reinado de Leovigildo: pueblo misterioso, que parece haberse complacido en ocultarnos su historia. Rastréase no obstante haber seguido teniendo reyes propios, y que precedieron á los godos en la conversion al catolicismo, ya fuese el primero en abrazar la fé ortodoxa Cariarico, movido por los milagros de San Martin, obispo de Tours, y por las predicaciones de otro San Martin que vino en aquel tiempo de la Palestina á Galicia, segun San Gregorio Turonense, ya fuese el primero á abjurar la secta arriana y profesar la doctrina católica Teodomiro, segun San Isidoro de Sevilla, escritor contemporáneo y mas inmediato al teatro de los sucesos. Tal vez existieron simultáneamente dos reyes, el uno en Braga, el otro en Lugo, las dos iglesias metropolitanas en que entonces se celebraban concilios ⁽⁴⁾.

El que favorecia la sublevacion de los cántabros y leoneses llamábase Miro, sucesor de Teodomiro. El monarca godo marchó contra los cántabros, y logró

(4) La iglesia de Braga tenia por sufragáneas las de Coimbra, Porto, Lamego, Viseo, Idaña, y Dumio: la de Lugo, que se hizo metropolitana tambien, pero que era como una vicaría de la de Braga, comprendia las de Ira-Flavia ó Padron, Orense, Tuy, Mondoñedo y Astorga. Esta debia ser la circunscripcion del reino de los suevos en aquel tiempo. Florez, Esp. Sagr. tom. 15.

sujetarlos no sin tener que vencer graves dificultades, ya por el valor de aquella gente belicosa, ya por los naturales obstáculos de aquellas montuosas comarcas. Restituido á su dominio el pais ⁽⁴⁾, disponíase Leovigildo á atacar á los suevos, cuando el rey Miro le propuso y pidió la paz, que el godo le concedió mas como tregua que como paz duradera y estable (575). Pasó luego á sujetar á los habitantes del Orospeida, que por dos veces se habian tambien alterado, y los subyugó igualmente y redujo á la obediencia, haciéndoles sufrir las leyes del vencedor (577).

Otros cuidados llamaban ya la atencion de Leovigildo, y vamos á presenciar las trágicas é interesantes escenas que ocurrieron en la familia real de España.

Habíase casado Leovigildo con Teodosia, hija de Severiano, gobernador bizantino de la provincia de Cartagena, de la cual habia tenido mucho tiempo antes de ser elevado al trono los dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Viudo de Teodosia, contrajo segundas nupcias con Gosuinda, que lo era de su antecesor Atanagildo. La primera habia sido católica, la segunda era arriana furiosa. Sosegadas las turbulencias intestinas, hecha tregua con los suevos y reprimidos los imperiales, pensó el monarca visigodo en casar á su hijo mayor Hermenegildo con la princesa franca Ingunda, hija de Sigiberto, rey de Austrasia, y de

(4) *Et provinciam in suam revocat dittonem.* Cron. de Viclara.

Brunequilda. Celebráronse las bodas con gran solemnidad y no menor regocijo. Pronto la diferencia de creencias había de cambiar la alegría en luto. Fervorosa católica la jóven princesa, arriana intolerante la madrastra del príncipe su esposo, intentó esta primeramente con fingidos halagos convertir á Ingunda al arrianismo: convencida de la ineficacia de los medios suaves, apeló pronto á la violencia, á que la inclinaba mas su índole y genio, llevando los malos tratamientos á tal punto que, al decir de San Gregorio de Tours, en su frenética rabia le rasgaba los vestidos, la mesaba los cabellos y la arrastraba hasta hacerla verter sangre por las heridas. Tan bárbaro rigor no alcanzó á hacer vacilar la inquebrantada fé de la jóven princesa; y Leovigildo, menos intolerante entonces que la reina, creyó prudente alejar á los dos esposos, cediendo á Hermenegildo una parte de sus estados, que fué la provincia de Andalucía. El príncipe godo, hijo de una reina católica, esposo de una princesa, católica también, y sobrino del ilustre prelado católico de Sevilla Leandro, preparado por la educación de la primera, edificado con el ejemplo de la segunda, y acabado de catequizar por los consejos y amonestaciones del tercero, convirtiéndose también á la fé católica, y recibió segunda vez el bautismo.

Gran contento infundió en los católicos de España aquella conversión, tanto como enojo causó á Leovigildo y á Gosuinda. Llamó el padre á la corte á su

hijo, so pretesto de tratar con él negocios del Estado. Hermenegildo, recelando acaso que el llamamiento envolviera otras intenciones, desobedece á su padre, que se prepara á marchar contra él. Las poblaciones católicas se levantan en favor del príncipe, y ofrécenle su apoyo los imperiales de la costa, y Miro, el rey de los suevos de Galicia. Era ya una conjuración formal á nombre de un principio religioso, en que entraban descendientes de la Escitia y de la Germania, y restos de los antiguos imperios de Oriente y Occidente, á cuya cabeza se hallaba un príncipe godo. La lucha comenzada en el palacio entre una reina y una princesa, va á proseguirse con las armas en el campo de batalla entre el padre y el hijo. Sevilla fué el teatro principal de esta sangrienta y lamentable querrela, á la vez doméstica, civil y religiosa. Ejercitado y mañoso Leovigildo en el arte de sobornar, gana con dinero al gefe de los imperiales, á quien debió parecer mejor empuñar treinta mil sueldos que las armas con que había prometido auxiliar á Hermenegildo: el rey de los suevos que había acudido con gente en ayuda del príncipe godo se halla cortado, interceptado por el viejo monarca, imposibilitado de pelear, y forzado á pedir un acomodamiento; á poco tiempo le sorprendió la muerte ⁽¹⁾. Para apretar el cerco de Se-

(1) Según el Viciarense, el rey volvió enfermo á Galicia, donde Miro murió en el cerco de Sevilla; según San Gregorio de Tours, se murió muy pronto.

villa intentó Leovigildo torcer el curso del Guadalquivir y reedificar los muros de la antigua Itálica. Al cabo de dos años de asedio, convencido Hermenegildo de la imposibilidad de prolongar la resistencia huyó á Córdoba, donde tomó asilo en un templo. Solo á instancias de su hermano Recaredo salió del lugar sagrado para arrojarle á los pies de su padre, cuya cólera esperaba desarmar, y así se lo había persuadido su hermano. Pero el severo Leovigildo, obrando mas como monarca que como padre, y viendo en Hermenegildo menos al hijo humillado que al conspirador político y peligroso, le hace despojar de las insignias reales que llevaba, y cerrando el enojo la entrada á la piedad, le manda conducir á una prision de Sevilla. Ni la dureza de la prision, ni las privaciones, ni los halagos pudieron hacer que Hermenegildo renunciara á sus creencias religiosas. Desde allí, ó si hemos de creer el testimonio de Juan de Viçlara, desde Córdoba, fué desterrado á Valencia.

Las diminutas crónicas de aquel tiempo, sobre no hallarse muy contextes en el relato de algunas circunstancias de esta discordia fatal, tampoco arrojan demasiada luz para poder graduar con exacto nivel la parte de culpabilidad que cupo á cada uno de los ilustres actores de este drama funesto en conducirle al trágico desenlace que despues tuvo. Mas todas nos representan al monarca y al príncipe, al padre y al hijo, obrando á impulso de la creencia religiosa y de

la conveniencia política, y sacrificando á ellas, el respeto paternal el uno, la ternura filial el otro. Hermenegildo aparece por segunda vez aliado con los imperiales, protegido por el pueblo, en su mayor parte católico, y tal vez alentado por los reyes francos de las Galias, católicos tambien, y padres ó parientes de Ingunda, haciendo armas contra el monarca. Nuevamente irritado Leovigildo, siempre impetuoso y duro, persigue á su hijo hasta hacerle prisionero, y le encierra en un calabozo de Tarragona. En vano trabaja Leovigildo por arrancar á su hijo una abjuracion de la fé católica: Hermenegildo resiste á todas las sugestiones con la entereza de un héroe y con la firmeza y la imperturbabilidad de un mártir. Llegada la pascua, el padre le envia un obispo arriano para que reciba de su mano la comunión: el príncipe católico, perseverante en sus creencias, desoye las persuasiones del prelado herege, y le despide con desabrimiento. El desairado obispo da cuenta al rey del resultado de su mision, y el arrebatado Leovigildo montando en cólera, espide la órden fatal: los satélites armados del enfurecido monarca penetran en la prision de Hermenegildo: Sisberto, su gefe, descarga el golpe de su hacha sobre el cuello del ilustre prisionero, y la cabeza del príncipe católico cae rodando en cumplimiento de la órden del monarca arriano: el juez y el sentenciado, el verdugo y la víctima eran un padre y un hijo. La iglesia católica

ha colocado á Hermenegildo en el catálogo de los santos mártires ⁽¹⁾.

Tal fué el término lamentable y triste (585), que tuvieron las disidencias religiosas entre el monarca y el príncipe godos, despues de cerca de seis años de alteraciones y de disturbios. La desgraciada princesa Ingunda, que se hallaba en poder de los imperiales, murió en Africa cuando era llevada á Constantinopla con el hijo que de Hermenegildo habia tenido. El huérfano príncipe llegó á su destino, y se educó y creció al lado del emperador griego Mauricio, hasta que su abuela Brunequilda solicitó vivamente su rescate y libertad.

En este intermedio Leovigildo habia hecho celebrar en Toledo un concilio, en que aparentando querer concertar á los católicos con los arrianos se presentó una fórmula capciosa de bautizar, que envolvía disimuladamente la misma heregía arriana. Algunos obispos católicos tuvieron la debilidad de suscribirla, con lo que menguó por entonces el partido de Herme-

(1) Entre las muchas y contradictorias relaciones de estos lamentables sucesos que hemos examinado, nos hemos guiado principalmente para la nuestra por el cronista Juan de Viçlara, escritor contemporáneo, el mas inmediato al teatro de los acontecimientos, y á quien alcanzaron las persecuciones de Leovigildo, sin dejar de admitir de Gregorio de Tours, escritor contemporáneo tambien pero que escribia mas le-

jos del sitio en que los hechos acontecian, lo que no se opone á la relacion del Viçlarensis, y que este pudo omitir por el laconismo con que entonces se escribian las crónicas. Este es tal, que San Isidoro nada dice de un hecho tan importante como la muerte de San Hermenegildo, y el de Viçlara le dedica una sola línea en que dice: *Hermenegildus in urbe Tarracensi á Sisberto interficitur.*

negildo. Mas esto no impidió al exaltado é intolerante monarca, que se habia hecho mucho mas iracundo con las contrariedades que su hijo y los católicos del reino le suscitaban, para que comenzára un sistema de cruda persecucion contra los prelados y sacerdotes ortodoxos, ya desterrando á los mas ilustres y virtuosos de entre ellos, entre los cuales lo fué á Barcelona el mismo Juan de Viçlara, autor de la crónica, ya confiscándoles los bienes, ya llenando las cárceles de católicos, ya empleando los tormentos y los suplicios, y vióse en el siglo VI. de la iglesia reproducir la heregía en España escenas semejantes á las que en el III. y IV. habia ofrecido el paganismo. Fué el último desahogo de la heregía, sostenida por el trono y proscripta por el pueblo.

Por este tiempo acabó de desaparecer el reino de los suevos. El activo Leovigildo supo aprovechar la revolucion que entre aquellas gentes estalló con motivo de la muerte de Miro. Háiale sucedido su hijo Eborico, jóven de corta edad. Levantóse contra él un poderoso suevo llamado Andeca, y le arrebató el cetro. Háiale hecho cortar el cabello, ceremonia con que los hombres de la raza germánica inhabilitaban á los príncipes para reinar, y recludole en un monasterio; casóse en seguida con su viuda para mas asegurarse en el trono. Halló en esto Leovigildo especiosa ocasion y pretesto para acabar de aniquilar el imperio de los suevos, y pasando con su ejército á Galicia

socolor de castigar al usurpador Andeca, llevándolo todo á fuego y sangre, apoderóse fácilmente de Braga, residencia de Andeca, y usando con el intruso la propia conducta que él habia tenido con Eborico, cortóle tambien el cabello, hízole ordenar de sacerdote, y le envió desterrado á Beja. Asi acabó la monarquía de los suevos quedando desde entonces sujeta al dominio de los godos á los ciento setenta y seis años de la primera invasion. La nacion sueva quedó, pues, refundida en la monarquía visigoda.

Pero aun no han acabado las guerras para Leovigildo, cuya larga vida habia de ser una cadena no interrumpida de graves acaecimientos, cada uno de los cuales habia de valerle un triunfo. Los francos, siempre en acecho y siempre codiciosos de la Galia gótica, enemigos y rivales perpétuos de los godos, irritados además con la muerte de Hermenegildo su correligionario, pariente y aliado, resuelven despojar á los visigodos de sus bellas posesiones de la Galia. Gontran (*Gonth-hram*, fuerte en la batalla) de acuerdo con Childeberto (*Hilde-bert*, pasmoso en el combate), es el que toma á su cargo esta expedicion, y la toma con ardor y corage. «¿No es vergonzoso, les decia á sus tropas, que los abominables godos estendian los límites de su imperio hasta las Galias (1)?» Y con todo el ejército de su reino dividido en dos cuer-

(1) Gregor. Turon. lib VIII., c. 30.

pos invade por ambos extremos la Septimania, llegando por la una parte á Nimes, por la otra á Carcasona. Esta última ciudad les abre las puertas, pero la brutalidad de los soldados francos subleva á los habitantes, que los arrojan denodadamente de su recinto, y colocan la cabeza del conde Terenciolo, gefe de los francos, clavaba en una pica sobre la muralla.

Entretanto Leovigildo habia dado orden á su hijo Recaredo para que pasase á las Galias á contener á los francos, que por la parte de Nimes habian hecho horribles destrozos: conducíanse como vándalos; la relacion de sus atrocidades hecha por los mismos escritores de su nacion hace estremecer. A la noticia de la aproximacion de Recaredo levantan el sitio de Nimes y se pronuncian en retirada; pero asolado antes por ellos mismos el pais que tenian que atravesar, los mas perecen de hambre y de miseria. Recaredo, aventados los enemigos á su sola presencia, avanza al territorio de los francos, penetra en él y toma varias fortalezas; Gontran desahoga su cólera reconviendo á presencia de cuatro obispos á los generales vencidos, y atribuyendo los últimos desastres á su poca devocion por el culto de los santos. En esto llega el invierno, y Recaredo repasa los Pirineos y se vuelve á España dejando aseguradas de toda agresion las posesiones hispano-godas.

Leovigildo estaba siendo no menos afortunado por